


12

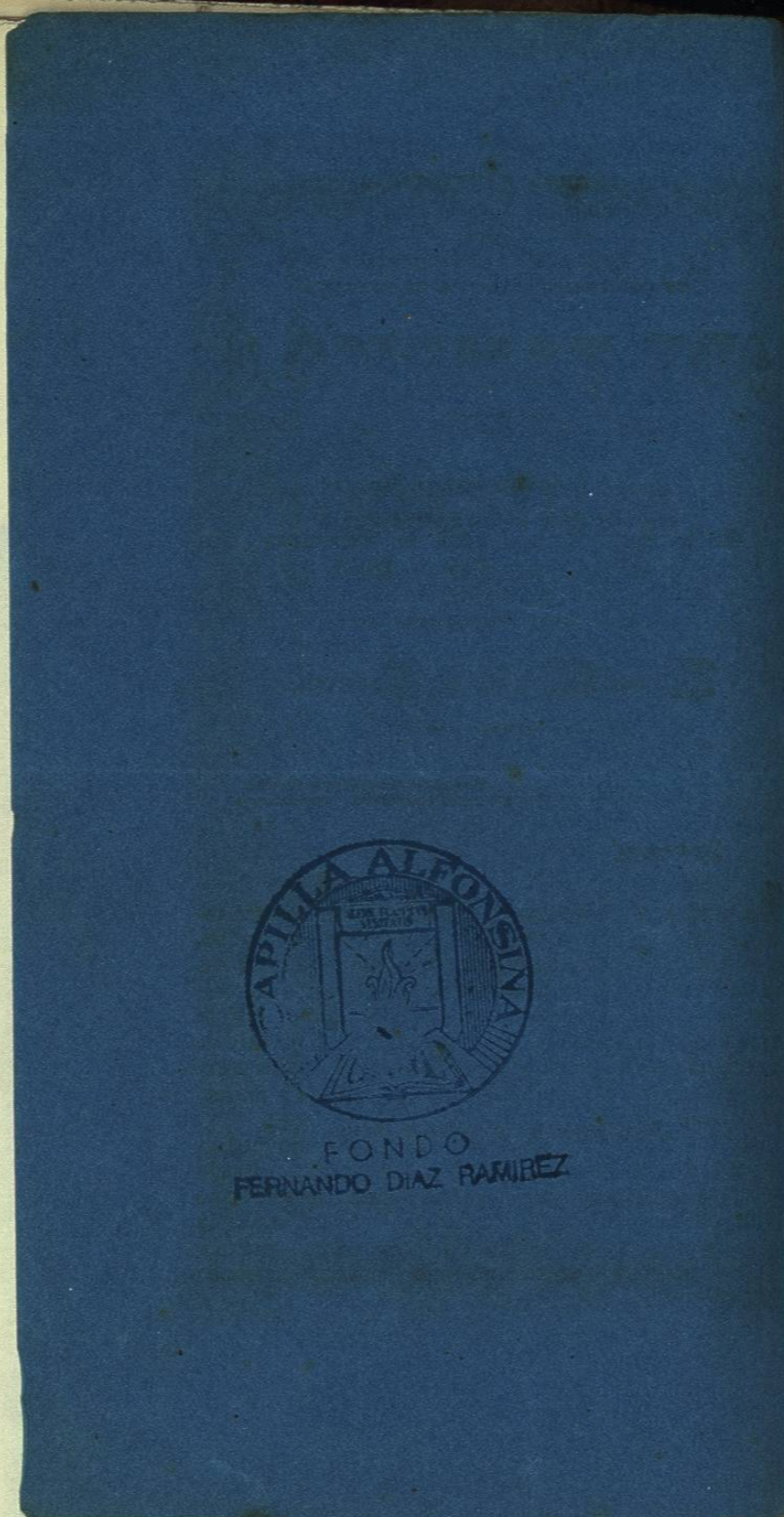
ARENGA PATRIOTICA,  
pronunciada  
**EL 11 DE SEPTIEMBRE**  
de 1853,  
POR EL  
TENIENTECORONEL RETIRADO  
Emanuel Olib. de Navarrete.



Imprenta de Francisco Frias.

17

nº 16.



nº 16.

ARENKA PATRIÓTICA,  
—QUE—  
EN CONMEMORACION DE LA BATALLA  
**DE TAMPICO,**

Dada en 11 de Setiembre de 1829,

PRONUNCIÓ

En la plaza de la ciudad de Querétaro,  
el 11 de igual mes de 1853,

EL TENIENTE CORONEL RETIRADO

**Mannel Martínez de Sagarreté.**

Difícilmente se subyuga al pueblo,  
que por sí conquistó su independencia.

SEÑORES.

ERA porque en mi sentido no habia fe, ni mi corazon tenia esperanza, cuando en 1851, deploraba desde esta tribuna, las desastrosas consecuencias á que fué llevada la patria que á nosotros diera el géometra imponderable del universo. Pretendia entónces, como pretendo ahora, tuviese mi palabra la eficiencia bastante, para que en el corazon de mis compatriotas se excitara el sentimiento de encono inextinguible hácia esa raza de maldicion que injusta y gratuitamente nos persigue.  
¿Qué le hemos hecho nosotros? ¿Qué le hemos pedido por gracia, ni qué le hemos exijido con violencia? ¿Puede por ventura señalarnos cuál fuera su derecho sobre lo que nos arrebata su impudente vandalismo? Si alguno tenia por qué la retribucion? Si no podia alegar alguno, ¿por qué vino sobre nosotros rasgando nuestras venas, y lacerando nuestros huesos?

Fatigado entonces con la reminiscencia de tan sangrientos sucesos, evocaba al destino, y pedia al gobierno una esperanza. Pero qué esperanza señores! ¿Pudiera darse alguna, cuando la administracion de 1848, física y socialmente valetudinaria, si puedo así explicarme, lejos de fomentar el patriotismo de las masas, parece se impuso el deber de solo deferir á las exigencias de los que nos invadieron?

Considerándose excéntrica por haberse ocultado á sus ojos los magníficos palacios, los artesonados espléndidos de México, y los embalsamados jardines de Tacubaya; sin conciencia de su poder, y renegando sacrilegamente su derecho, se apresuró á concertar la paz, á fin de regresar cuanto antes á los sitios donde esperaba distraerse de su fastidio y de su miedo. Envano el General Santa-Anna, guiado por su patriotismo, y arrebatado de su ardimiento, quiso como el desventurado Abd-el-Kader, sostener la guerra hasta el último extremo en la trabajosa condicion de beligerante. No habia remedio: la administracion de época tan luctuosa, esquivando el corazon á los estímulos del patriotismo, y doblemente sobrecogida, por no brillar ante sus ojos el vistoso panorama de la capital de la República, no encontró remora que pudiera detenerla en ceder una inmensa zona, donde existen hoy en humillante condicion, gentes que profesan nuestra fe, y que articulan nuestro idioma.

Acontecimiento tan sombrío, no podia sin duda admitirse, el hombre que en épocas mas distantes, habia desenvainado la espada para afianzar con ella los derechos omnímodos de su patria; y conociendo lo que á esta debia, y lo que le ganara su reputacion adquirida, se impuso el ostracismo, y el gobierno de entonces festinó cuanto pudo su salida. ¿Qué dábale acaso otro partido, cuando en las escursiones que emprendiera, le cerró sus cuarteles una de las mas importantes ciudades de la República?

Pasó ya por ventura el nefando meteoro de aquellos dias, y vuelvo á presentarme en esta tribuna á desempeñar en lo posible el cargo con que se me ha honrado. Y vengo á ella, señores, no dominado de la tétrica inspiracion del profeta, que asentado en los muros de Salem, lamentaba la ruina que á la ciudad predecia. Otra es la inspiracion que ahora me fatiga, y que por equivocado concepto se ha cometido á mi insuficiencia.

Hace veinticuatro años, señores, que la independencia conquistada por el genio, allá en Iguala, fué para siempre afianzada en las playas de Tampico. Este suceso que nos

reane hoy aquí para congratularnos con su memoria, debemos trasmitirlo á las generaciones que tras de nosotros vienen, porque tradiciones y patria deben recibir ellas de las que como la nuestra, se hallan suspensas ya del borde de la tumba. Es necesario, pues, que nuestros pósteros al reconocer la gloria de sus progenitores, reconozcan sus beneficios, y el sagrado deber en que se encuentran de conservarlos.

Era el 11 de Setiembre de 1829, cuando el glorioso acontecimiento, que hoy llama nuestra atencion, daba al mundo el testimonio mas explicito, de quedar irrevocablemente resuelta por las tropas que acandillaba el General Santa-Anna, la cuestion de independerse para siempre de Castilla, el hemisferio que entre sombras se revelaba en otro tiempo á la mente previsiva de Colon. El acendrado civismo de aquel ilustre caudillo, trasmitido como por electricidad al corazon de los mexicanos, hizo pasar sus nombres á la posteridad, inaugurándolos así en el aurífero templo de la gloria.

La explicacion de este concepto se reduce necesariamente á resolver, que cualesquiera que puedan ser las eventualidades por las cuales aun haya de pasar el suelo donde hemos visto la luz, el triunfo alcanzado por las armas nacionales en las márgenes del Pánuco, está ya para siempre consignado en la historia, bajo las formas indelebles que le corresponden; y nadie de nuestros pósteros fijará sobre ella los ojos, sin que su corazon palpitando de placer, no reboce al mismo tiempo de gratitud hácia los hombres señalados por el destino para afianzar la existencia política de la patria que nos pertenece.

Y no hay remedio, señores, la Independencia de México, es un hecho que se reconoce en virtud de los sucesos por los cuales se alcanzara, y que no pudiendo desconocerse por la historia, se sorprenderá el genio cuando detenidamente reflexione, que se quiso parodiar en el siglo XIX, el siglo fatidico de Hernan Cortés, y que semejante anacronismo tuviera origen en el decebimiento y exageraciones de los que del pais habian salido á causa del ostracismo contra ellos fulminado.

Porque la medida fuese torpe y no conducente al bienestar social, se nos juzgará incapaces de sostener la dignidad adquirida, y se nos juzgará por lo mismo, dispuestos á recibir de nuevo la accion del poder que habíamos derruido; es ciertamente demasiado fatal contar con principios tan fáciles para una empresa de escesaiva magnitud y de indefinidas resultas; así es que apenas pisaran las playas de Tampico las fuerzas invasoras, cuando el General Santa-Anna

nº 16.